Sebastián Alonso Gómez y Luis Manzano Mancebo

LO QUE NO MUERE

COMEDIA EN DOS ACTOS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

LO QUE NO MUERE

LO QUE NO MUERE

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

Sebastián Alonso Gómez y Luis Manzano Mancebo

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 20 de Octubre de 1908

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

A Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

Glorias del teatro español contemporáneo.

Sus admiradores y amigos,

Sebastián y Luis.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURORA........................	Sra. Rodríguez (M.)
CARMELA......................	Srta. Moreno (M.)
FLOR............................	Sra. Ortiz.
ANILLA.........................	Srta. Alba (L.)
ALFONSO......................	Sr. Rubio.
PEPE............................	Puga.
JUANILLO.....................	Simó-Raso.

La acción en Villa-Aurora, quinta situada en los alrededores de Salmedina, pueblecito de Andalucía.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Comedor en «Villa-Aurora». Mesa, aparador, trinchero, mesitas volantes, sillas y butacas de mimbre con almohadones de tonos claros. Jaulas vistosas con canarios y cestas de mimbre que contienen macetas de enredadera que cuelgan del techo. Cuadros de comedor. Puerta y ventanales al fondo que dan vista al jardín. Puertas á los laterales. Mucha luz. Es por la mañana de un día de primavera.

(Al levantarse el telón aparece Aurora sentada en una butaca junto á una mesilla volante acabando de tomar el desayuno. A poco aparece Flor. Aurora es una solterona recalcitrante, pero todavía de buen ver. Viste con elegancia traje de mañana de tono gris. Flor, criada de la casa, es una chica guapetona, lista, limpia y pizpireta.)

AUR. (Llamando.) ¡Flor!... ¡Flor!...

FLOR (Por la izquierda segundo término.) ¿Yamaba usté, señorita?

AUR. ¿Has terminado con el cuarto de la señorita Carmela?

FLOR Ya está arreglado, señorita.

AUR. ¿Has puesto las flores que te encargué?

FLOR Es lo único que le falta.

AUR. Está visto que tengo que estar en todo. Que no se olviden.

FLOR Por eyas voy ahora mismo. (Hace medio mutis.)

AUR. Oye: y Juanillo, ¿volvió de Salmedina de avisar al señorito Alfonso?

FLOR Como el pobre fué andando y hay una hora larga de camino...

AUR. ¿Cómo no ha llevado la burra?

FLOR ¡Bueno está Juaniyo con la burra!

AUR. ¿Qué le ha pasado?

FLOR Que como es nuevesiya y anda argo levantaiya e cascos, antier casi tiene un compromiso con unos arrieros que venían por la carretera.

AUR. Vaya por Dios. Cuando venga le dices que quiero verlo.

FLOR Se lo diré. (Otra vez medio mutis.)

AUR. Oye: dile á Anilla que venga.

FLOR (Llamándola desde la puerta segundo término derecha.) ¡Aniya!... ¡Aniya!... La señorita la yama. (Hace mutis por el fondo internándose en el jardín.)

AUR. Vaya una mañana que llevo con los preparativos de la venida de mis sobrinos.

ANILLA (Por la derecha segundo término, en traje de faena. Es la cocinera de la casa. Usa un gran delantal de mallorquín y tiene la costumbre de llevarlo cogido por un pico, morderlo cuando habla y frotarse con él brazos y cuello. Lleva las mangas subidas hasta el codo. No le falta una rosa en lo alto del peinado.) ¿Dezea argo la zeñorita?

AUR. Sí: ¿trajeron el pescado de Salmedina?

ANILLA Zí, zeñora, zeñita Aurora: y mejó que no lo hubiean traío.

AUR. ¿No está fresco?

ANILLA Fresco está, pero... ¡mar tiro le den á eze Júa de pescaero!

AUR. ¿Qué ha pasado?

ANILLA Que yega á la puerta e la cocina: me yama; zargo con la fuente; me hecha los zarmonetes; me fijo en eyos... y porque le dije, digo: —¿Qué zarmonetes me das aquí?—¡Zarmonetes! me contesta.—¿Zarmonetes con este coló?... ¡Como no los haigas pintao!...—Y va y me dice:—En toa Zarmeina hay más pintura que la que tu hija ze pone en la cara los domingos.—Misté, decirme ezo, y hacerze tiestos la fuente, too fué uno.

AUR. ¿Se te cayó?

ANILLA ¡Encima e la cabeza de eze Júa!

AUR. ¿Y él, qué hizo?

ANILLA Irze riéndoze de mí; pero no zin que yo le digera tantas cozas e zu familia, que hasta los zarmonetes perdieron el coló.

AUR. ¡Buena la has hecho, mujer!

ANILLA No ze apure usté, zeñita Aurora, que á los zarmonetes no les ha pazao más que er zusto de verze volando y la vergüenza de oirme las cozas que dije; pero, zi ze hubiean estropeao, a pescarlos iría yo pa que no le fartaran á eza gloria que va á vení. ¡Ay, qué ganitas tengo de verla! (Lanzando un hondo suspiro.)

AUR. Con el favor de Dios, pronto será.

ANILLA Por zupuesto, que desde que zupe que er zeñito Pepe venía también, no hago más que reiná en lo mismo: porque pa mí que er zeñito Pepe y eya, y eya y er zeñito Pepe...

AUR. ¿Qué estás diciendo, Anilla?

ANILLA La verdá. ¿Usté cree que á mí me ze pazó por arto, que cuando ze fué de aquí er zeñito Pepe,—pa la Vigen de Conzolación hará tres años,—no iba hecho un tarro e meloja' por zu prima?

AUR. ¡Vaya, no digas tonterías!

ANILLA ¡Zi no hubo más que verlo cuando ze despidió de eya, que le hizo azín... un zalúo... (Haciendo uno exageradamente ridículo.) y aluego una guiñá azín, (Guiñando un ojo, haciendo una contracción picarezca con la cara.) que penzé que ze había quedao bizco!

AUR. Tú viste visiones, Anilla.

ANILLA Ar zeñito Pepe fué ar que ví... ¿Y eya, no ze queó más amariya que la cera en cuanto ér ze fué, y ze zubió á la azotea y ze puzo á mirarlo con ezos tubos negros que tié pa agrandá las cozas, hasta que se perdió en la revuerta er camino?

AUR. Bueno, bueno, Anilla, basta ya, que cuando se te deja, te dura la cuerda un siglo.

ANILLA Bueno. (Variando de tono.) Y diga usté, zeñita Aurora: ¿la zeñita Carmela, ó por mejor decí, zu hija...?

AUR. ¡Anilla!... ¿Qué dices?

ANILLA ¡Ay, es verdá: como es usté zorteral...

AUR. ¿Sabes que la enmiendas?

ANILLA ¿Y cómo lo ví á decí? Zu madre de eya, la zeñita Auleria, que en gloria esté, ¿no ze la dejó de dos años?

AUR. Y desde entonces, dos veces se ha separado de mí.

ANILLA Una, cinco años hará ahora pa Zan Juan, cuando nos vinimos acá de Zeviya. ¡Ay, mi Zeviya de mi arma! y otra: dos mezes hizo er día der Patrocinio, pa dí á conocé á zu zobrino.

AUR. Así es la verdad.

ANILLA Pues aunque usté no lo crea, ar zeñito Pepe, le gusta más zu prima, que á mí echá un rato e palique, que es cuanto hay que decí.

AUR. Repito que estás equivocada. Claro está que cuando pasó aquí aquella temporada se tomaron afecto; pero de eso á lo que supones... Además, ya conoces mis principios, y comprenderás que no iba á llamarlo para que vivieran juntos por muy primos que sean.

ANILLA Y diga usté, zeñita Aurora, ¿er viene con eya?

AUR. No: el señorito Pepe llegará á la tarde á caballo, porque está desde ayer recorriendo sus posesiones de Salmedina.

ANILLA ¿Entonces viene zola la niña?

AUR. No, mujer; la acompaña su cuñado en el tren hasta Salmedina y allí la recogerá el señorito Alfonso para traerla en su carruaje.

ANILLA (Con arranque de cariño.) ¡Ay, qué ganitas tengo de abrazarla!

AUR. Bueno, anda; llévate eso á la cocina (Por el servicio del desayuno.) y cuida no vayan á quemarse las perdices, que ya sabes lo que le gustan.

ANILLA Antes ze me quemaban á mí las niñas de los ojos... ¡Ay, cuándo la veré yo entrá por eza puerta!... (Hace mutis, llevándose el servicio por la segunda derecha.)

AUR. ¡Pobre Anilla!... Si no fuera tan charlatana... Vamos á ver si está todo dispuesto. (Mutis por la primera puerta de la izquierda.)

FLOR (*Dentro cantando, saliendo por la derecha segundo término, con un gran ramo de flores en la mano, dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda.*)

Con aguardiente fuerte
regué mi caye,
pa que no la pasara
ningún cobarde.

JUA. (*Que aparece por el jardín, deteniéndose al fondo al ver pasar á Flor.*) ¡Floriya!

FLOR (*Deteniéndose.*) ¿Ya paresistes?

JUA. ¿Tú zabes lo que hay de aquí á Zarmedina?

FLOR ¿Diendo ó viniendo?

JUA. Diendo.

FLOR Una legua.

JUA. Ezo zí: porque viniendo hay argo mas.

FLOR Bueno: la señorita me dijo que quería verte en cuanto vinieras.

JUA. (*Mudándose el color y retratándosele en la cara el terror que le ha producido la noticia.*) ¡La zeñorita!... ¿Pa qué me quedrá á mí la zeñorita?

FLOR Eya lo sabrá.

JUA. Es que desde er día que nos cogió hablando y me dijo lo que me dijo y en er tono que me lo dijo, no hace más que mirarme y me entra un rebuyío por tóo er cuerpo que comienzo á estirá... á estirá... que hasta la ropa ze me quea chica.

FLOR No creo que es pa tanto, hombre.

JUA. No zabes tú er mirá fijo que tié la zeñita. Y como es azín, tan zeria, y tié eze genio tan zúpito...

FLOR Lo que tiene es que se habrá malisiao que nos queremos y como es tan enemiga de que en su casa haya noviajos...

JUA. Pos bien podía haberse metío á monja.

FLOR O dejá que la gente se quisiera.

JUA. ¡Zorterona había e zé!

FLOR Demasiá desgrasia tiene la infelí.

JUA. Desgracia la nuestra, que tenemos que andá ziempre ar zarto e mata.

FLOR Y er día que nos vuerva á cogé, vamos á tenernos que hablar por señas.

JUA. (*Acercándose á ella, con algo de malicia.*) Pos mira,

no estaría malamente que nos entendiéramos con las manos, como los sordos-múos.

FLOR Y te veía la señorita y te rompía el arfabeto.

JUA. ¡Miá que zi nos coge antié!..

FLOR ¡Ay, no lo quieo ni pensá!

JUA. ¡Pa mi que es chico... el escándalo que nos arma!

FLOR Pues anda, vete, no vaya á vení y tengamos er día.

JUA. (Cariñoso.) ¿Nos veremos luego en er jardín?

FLOR ¿Pa que hagas lo de la otra tarde?

JUA. Zi no fué más que pa referirte lo que hace er zeñorito Alfonzo cuando está al lao de una muchacha... ¡Tié más gracia!... La coge azín, (Cogiéndola por el codo, maliciosamente.) con mucho dizimulo y le dice... «Aprovechando esta coyuntura, me voy pa caza...» ¡Ja, ja!... Tié gracia, ¿verdá?

FLOR (Desviando el brazo.) Si ezo lo tengo yo ya orvidao.

JUA. (Arrugando el entrecejo.) ¿Té lo ha hecho ér quizá?

FLOR Tú, que me lo refieres toos los días.

JUA. (Otra vez cariñoso, cogiéndole otra vez el brazo que ella desvía.) ¿Verdá que tié zalero?... Aprovechando esta coyuntura...

FLOR Bueno, no aproveches más... (Dándole un empujón.)

ANILLA (Dentro, gritando con alegría y saliendo por la segunda derecha, radiante de júbilo.) ¡Zeñita Aurora!... ¡zeñita Aurora!.. (A Flor y á Juan al verlos.) ¿Ande está la zeñita Aurora?...

FLOR (Asustada.) ¿Qué pasa?

JUA. (Más que ella.) ¿Qué paza?

ANILLA (Al verlos juntos, variando de tono y echándole una mirada de amenaza.) ¿Otra ves juntitos?... ¡Me parece á mí, me parece!... (Volviendo á sus gritos con igual alegría.) ¡Zeñita Aurora!...

JUA. (Muerto de terror.) ¿Ze lo irá á dezí?

FLOR ¡Capaz será de eso la muy bruja!

AUR. (Por la primera izquierda, algo asustada.) ¿Qué ocurre, Anilla?

ANILLA ¡Ay, zeñita Aurora, que me paece que zon!...

AUR. ¿Quiénes?

ANILLA ¡Quién había de zé!... ¡La gloria!... ¡La alegría de esta caza!...

AUR. ¡Pero si no es posible que puedan llegar tan pronto!... ¿Cómo los has visto? (Flor entra por la segunda izquierda y á poco sale sin el ramo de flores.)

ANILLA Que me azomé á la ventana de la cocina que da ar camino, y ayá á lo lejos, en lo arto que hace la carretera ví un coche que es er der zeñito Arfonzo y al lao un jinete con toa la estampa der zeñito Pepe.

AUR. Asómate, Juanillo, á ver si son.

JUA. En un vuelo. (Vase Juanillo, mirándola con recelo y terror, como si fuera creciendo, hasta llegar á la puerta por la que sale de estampía.)

ANILLA ¡Que zon, zeñita Aurora!... ¡que zon, que zon y que zon!... ¡Zi á mí no me engaña er dezeo!.. ¡Zi no había más que vé lo torzío que iba er jinete, que parezía que ze lo iba tragando er coche!...

AUR. ¡Cosa más extraña!

JUA. (Entrando corriendo.) ¡Eyos zon, zeñorita Aurora!... Zubiendo vienen la cuesta.

ANILLA ¿No lo dije?... ¡Zi mi corazón no me engaña!...

AUR. Vamos á recibirlos.

ANILLA ¡En el aire le vi á dá er primé abrazo! (Sale detrás de Aurora haciendo grandes aspavientos por la puerta del jardín.)

JUA. (A Flor que vuelve y va á salir, deteniéndola á la puerta.) ¡Oye tú, Floriya!... que ya zabes cómo las gasta er zeñorito Arfonzo.

FLOR ¿Y yo qué tengo que ver con el señorito Alfonso?

AUR. (Dentro gritando.) ¡Juanillo!... ¡Ven á atar al perro!

JUA. Voy. (A Flor.) Conque ya lo zabes, cacho e gloria...

FLOR (Con mal modo, saliendo seguida de Juanillo.) Déjame ya de pamplinas.

JUA. Er toque está en que no te toque.

(Queda la escena sola breve momento, durante el que se oye el galopar de los caballos y el cascabeleo del coche que llega. En seguida, rumor de conversaciones, saludos, gritos y risas, entre los que sobresalen los de-

Anilla. A poco se va haciendo más claro el rumor, hasta aparecer todos por este orden. Carmela y Aurora, á la que lleva con un brazo echado por el hombro cariñosamente. Al lado de Carmela, Anilla, sofocándola con sus abrazos y gritos de alegría. Detrás Alfonso y Pepe, hablando animadamente; luego Flor, con dos sombrereras grandes y detrás Juanillo, con un portamantas, quedándose á la entrada respetuosamente. Carmela es una joven bonita, de aire distinguido y alegre como un amanecer. Viste traje de camino, sombrero con hermosas plumas y velo suelto que le cae á maravilla. Pepe es también un joven guapo y simpático, de genio franco y abierto como hombre que ha rodado mucho. Lleva traje de montar, con polainas de cuero, gorra inglesa y una fusta en la mano. Alfonso es un señor, más limpio que el oro, bien conservado y más enamorado que Cupido. Solterón recalcitrante, sabe llevar muy bien sus cincuenta y cuatro años. Viste con elegancia traje de mañana de color claro.)

ANILLA ¡Ya está aquí la alegría de la caza!... ¡Ya yegó mi zielo!

AUR. No grites tanto, Anilla.

ANILLA ¡Zi me paeze mentira que la estoy viendo! ¡Ay mi gloria!...

CAR. (Paseando la mirada por el comedor.) Pues ya estoy aquí; en mi casita, tan alegre, tan llena de luz, de flores, de pájaros...

AUR. ¿Pero, cómo ha sido el llegar tan pronto?

CAR. Que en vez del exprés, tomamos el correo para ganar dos horas.

ANILLA ¡Pero qué preziozízima viene!

AUR. (A Pepe.) ¿Y tú cómo has sabido?...

PEPE Atravesaba la carretera para ir á la cañada del Corcho, cuando ví el carruaje... y figúrese mi sorpresa.

ALF Yo estaba en el Casino tan tranquilo...

ANILLA (A Aurora.) ¿No le pareze á usté que viene más dergá?

CAR. Lo que vengo es molida del tren... Pero ya estoy aquí, al lado de usted que tanto quiero... (Besándola y abrazándola y sentándose junto á Aurora que ocupa lugar á la izquierda de la mesita volante donde tomó el desayuno. Alfonso, á la derecha de la mesa comedor. Pepe á la derecha, cerca de Carmela.)

AUR. ¡Zalamerilla!...

CAR. Ni un día he dejado de acordarme de ti... de todos... (Fijándose en Juanillo.) Y tú, Juanillo, ¿has cuidado mucho mis flores?

ALF. No hay flor en la casa que no cuide Juanillo.

JUA. Ya las verá la zeñorita... Er jazmín, está que ze cae de brotes; las campaniyas y las malvarrosas, frescas y lozanas; de claveles, es lo que hay que ver; los tayos no puen con el pezo é los capuyos; y la hortenzia que uzté ze penzó que estaba perdía...

CAR. Sí, sí; ya veo que las has cuidado mucho.

ANILLA (Socarrona.) ¡Como que éste es una fiera pa er descanzo!

PEPE Anilla siempre de tan buen humor.

CAR. Y á ti Flor... ¿cómo te va?

FLOR Ya lo ve usté, señorita.

ALF. Otra flor del jardín.

AUR. (Altiva y en tono de reproche.) ¡Alfonso!

CAR. (Procurando desviar la conversación.) ¿Y Amalia, dónde está que no la veo?...

ANILLA ¡Zabe Dios aonde andará eza pindonga!

AUR. Tuve que echarla.

PEPE ¿Aquella muchachita rubita?...

CAR. ¡Pobrecilla!... Parecía tan buena...

ALF. Y muy guapetona y muy dispuesta, pero ya conoces á tu tía, que en cuestión de amores es inflexible.

CAR. ¡Ah!... ¿pero?...

AUR. (Con gravedad.) Sí; parece que la cortejaba el hijo del aperador, y supe que una noche estuvo hablando con él por la ventana del jardín, hasta las once.

ALF ¡Ya ves el delito que cometió la pobrecilla!

PEPE ¡Delito de amor!

AUR. Para mí, el mayor que un sirviente puede cometer en mi casa. Y dejemos esta conversación. Anda, Juanillo, vé á recoger las maletas del coche. (Sale Juanillo por el fondo derecha.)

CAR Y tú, Flor, llévate á mi cuarto esas sombrereras y este sombrero (Quitándoselo y dándoselo.)

ANILLA (A Carmen.) ¿Quiés que te traiga un poquito é

bizcocho borracho que te tengo hecho? (Flor coge las sombrereras y sombrero que le entrega Carmen y hace mutis primera izquierda.)

CAR. No; después lo tomaré.

AUR. ¿Os parece mejor una copa de Jerez y unas pastas?

PEPE Eso no vendría mal.

ANILLA Ahora mismo voy yo á traerlo.

ALF. No; mejor será que lo traiga Flor.

ANILLA (Conociendo el por qué.) ¡Ay zeñó, no hay peor coza que yegá á zé vieja!...

ALF. Es que como tú eres la cocinera...

ANILLA ¡Y usté er zarampión, que no le ataca más que á los pocos años!

AUR. Anda, Anilla, tráete eso. (Anilla hace mutis por la segunda derecha.)

PEPE Veo que sigues siendo el mismo.

CAR. Este tiene para todas.

ALF. (Con doble intención) ¡Ojalá, hija!

PEPE Buen punto estás, Alfonsito.

AUR. ¿Tú sabes? Si trae revuelta la comarca con sus trapicheos. Si no hay en Salmedina muchacha guapa que no corteje.

PEPE (Con zumba.) ¡Como que ha sido siempre un conquistador terrible!

AUR. (Irónica.) Sí; ¿pero dónde va ya esto con esa cara que huele á archivo?

ALF. (Algo amostazado.) Oye, oye, Aurora: que allá en nuestras mocedades tuviéramos relaciones y riñéramos por culpa tuya...

AUR. Tuya.

ALF. Bueno, de los dos: no es razón para que ahora digas que huele á archivo la cara que entonces...

AUR. (Interrumpiéndolo enérgica.) ¡Alfonso!

ALF Que entonces te olía á gloria.

PEPE Ja... ja... ja.. ¡Bravo, Alfonsín!

CAR ¡Muy bien!

ANILLA (Apareciendo con una bandeja con vino y pastas.) El vino y las pastas. (Dejándola sobre la mesa.)

ALF. Y á ver si tú la tienes mejor, Anilla... Y no te enfades por lo que te he dicho, que también tú te traías lo tuyo hace veinte años.

ANILLA Como usté: pero ya estamos los dos igua-

les... (*Haciendo mutis segunda derecha, mirando de reojo á Alfonso, torciendo el gesto y frotándose el dorso de la mano por la nariz.*) ¡Chúpate eza!...

AUR. Qué gusto tienes en ponerte al nivel de los criados.

ALF. Tratándose de mujeres no reconozco categorías... Y bebamos una copa. (*Sirviéndolas.*)

AUR. La culpa me tengo yo, por recibir en mi casa á semejante vejestorio.

ALF Es que sin que tú quisieras vendría yo á «Villa-Aurora». Donde hubo fuego...

PEPE Tiene razón: ceniza queda.

CAR Y algún rescoldo.

AUR. Es que éste no cuenta que soy una manga de riego.

ALF. ¡Manguitas á mí!

AUR. Y gracias á que ya nos sirve la edad de salvaguardia, que si no, quién le ha dicho á él que ponía los pies en esta casa.

ALF. Ni me enfado, ni me inmuto, adorable solterona.

CAR. Alfonso, que esas son ya palabras mayores.

AUR. Deja, deja á ese cotorrón sinvergüenza que se despache á su gusto. Me lo tengo bien merecido por invitarlo á pasar el día con nosotras, cuando debí dejar que se quedara en Salmedina metido entre sus fregonas y sus princesas encantadas.

ALF. Tengamos la fiesta en paz, (*Cogiendo una copa y acercándose á ella mojando una pasta que la ofrece.*) y cómete este bizcocho mojado en mi copa en señal de alianza.

CAR. ¡Muy bien! ¡Así se hace!

PEPE ¡Eres divino, Alfonsín!

CAR. Anda, tía, no lo dejes en mal lugar.

AUR. (*Algo desdeñosa, pero vencida á la broma.*) ¡Quita, quita!

ALF. (*Inclinándose ante ella muy romántico. Carmen y Pepe ríen. Aurora hace esfuerzos para conservar su entereza de carácter.*) Tomad, reina soberana de incorruptible moralidad. Morded medio bizcocho, y el otro medio ambrosía será para este vuestro rendido vasallo.

2

PEPE ¡Bien, valeroso Amadís!

CAR. ¡Magnífico, Byron en la vejez!

AUR. (Aceptando el bizcocho que muerde, devolviéndole la mitad.) Trae aca, Tenorio de á perro chico.

ALF. (Comiéndose el trozo que le da.) Gracias, noble dama de mis antiguos pensamientos.

CAR. ¡Alfonso, eres incorregible!

PEPE Delicioso y admirable: así hay que tomar la vida.

ALF. Dí que sí, Pepillo... Hay que tomarla como debe ser; sin preocupaciones, sin desalientos. Fuí joven, como ahora vosotros, y adoré á la mujer, guapa por supuesto. Como símbolo de aquella alegría de los pocos años, gasté, triunfé, me embriagué en luz, en juventud, en amor. Pasó el tiempo y con él vinieron las penas; y cuando ví que el camino era espinoso y obscuro, quise destruir la realidad y me salí al atajo procurando conservar mis entusiasmos juveniles, mi ardor primero. Y allí donde veo una pena, la alivio con mi tesoro de alegría; donde hay una desilusión, la desvanezco con este caudal mío de ilusiones; donde está lo bueno, lo bello, lo agradable de la vida, allí estoy yo rejuvenecido, entusiasmado, loco, diciendo: ¡Dios de los felices! ¿por qué siendo como soy tuyo, tu constante adorador, tu esclavo, no me das algo de aquella juventud libre, rica, encantadora? Y Dios me oye, y aquí me tenéis hecho unas castañuelas y dándole un mentís hasta al del padrón, que creyó que yo tenía la edad de Cristo y lo asusté con mis cuarenta y cinco años.

AUR. Cincuenta y cuatro.

ALF. Bueno, es que he puesto los números al revés.

PEPE ¡Encantado, noble apóstol de la juventud!

CAR. ¡Admirables ideas, Alfonsito!

AUR. Sí, sí, aplaudidlo; es lo que le faltaba. Aplaudid sus teorías, y si os parece, seguidlas.

PEPE Alfonso, piensa bien tía Aurora.

AUR. Si todo el mundo pensara como ese viejo verde, viviríamos en perpetua orgía. Afor-

tunadamente son pocos los que viven y piensan como él.

ALF. ¡No, somos muchos! ¿Crees que si no lo fuéramos, sería soportable la vida entre semejantes de tu apergaminada moral?

AUR. ¡Mi apergaminada moral! Pues qué, ¿es lícito y decente y digno, que los jóvenes de hoy día se pasen la vida ¡amándose! sin pensar en nada serio, en nada noble, en nada elevado? Bueno está, porque es ley de Dios, que se amen; más, que se adoren; pero ese amor y esa adoración, á honesta distancia, sin inmoralidades, sin escándalos, con pureza de miras, sin dar malos ejemplos con sus desmanes á las personas dignas.

ALF. Hubieras hecho un predicador divino.

CAR. Tía Aurora tiene razón en cuanto ha dicho; ahora que lo pinta de un modo...

PEPE ¡Es tan distinto el vicio del amor!...

ALF. Aunque se aproximen tanto en procedimientos.

AUR. Pues precisamente los procedimientos son los que hay que evitar para que no sea un vicio.

ALF. Pues eso no podrás evitarlo. Es ley de Naturaleza y la Naturaleza está muchos codos por encima de las conveniencias sociales. De esto sé más que tú.

AUR. Como que eres perro viejo en la materia.

ALF. Ni perro ni viejo, Aurora. Pero te repito que eso no podrás evitarlo.

AUR. ¿Que no?... A los hechos me atengo. Tres criadas he casado desde que vivo en «Villa-Aurora». Ninguna de ellas había abrazado á su novio antes de casarse.

ALF. Delante de ti.

AUR. Ni detrás. Y ¡ay! de la que lo hubiera intentado.

ALF. ¿Pues sabes lo que has conseguido con eso? Que además de abrazarse se han reído de ti.

PEPE En eso estoy con Alfonso.

ALF. Y las casadas también están conmigo.

PEPE Al amor hay que darle lo suyo... pasión.... ternura...

AUR. ¿Tú también, Pepito?

CAR. Y yo con él, tía Aurora. Creo con ellos que no existe el amor sin... vamos... sin todo eso.

AUR. Qué mal he hecho dejándote leer ciertos noveluchos.

CAR. No, tía; con ellos he aprendido algo; pero ninguno me ha enseñado esas cosas que supones.

AUR. Eso creerás tú.

CAR. Lo que creo es que debemos dejar esta conversación. ¡Es tan desagradable! Aparte que yo no quiero ver esta carita tan enfurruñada, después de no haberla visto en tantos días. (Levantándose y besándola cariñosa.)

AUR. Dices bien, hija.

CAR. (De un lado á otro comunicando á todos su alegría. Aurora se levanta también.) Ea; pues se acabó. Tú, Alfonso, ya te estás retractando de todo cuanto has dicho. Y tú, Pepe, á abrazar á tu tía en señal de concordia.

PEPE (Haciéndolo.) Sea, y vaya un abrazo de lo más moral que te imaginas.

AUR. (Cariñosa.) ¡Anda, buena pieza!

ALF. (Acercándose á ella en actitud de hacerlo.) ¿Quieres que te dé otro de la misma clase?

AUR. ¡Dáselo á tu conciencia, espantajo!

ALF. Se lo daré; pero luego no me vayas á echar á la calle como á la pobre Amalia.

AUR. Mira, Carmela; vámonos, porque hoy está insufrible este vejestorio.

CAR. Sí, vamos, que yo tengo que sacar algunas cosas del equipaje. (A Pepe, dirigiéndose con su tía á la puerta de la izquierda, donde se detienen.) Y mucho cuidadito con lo que se habla. Y tú, Alfonso, á ver si no perviertes á Pepe!

ALF. Conque Pepe no me enseñe los procedimientos modernos...

PEPE Descuida, Carmela. Alfonso está iniciado en todos los secretos.

AUR. ¡Buen par de prójimos estáis los dos!

CAR. Hasta ahora. (Hacen mutis Aurora y Carmen.)

ALF. Adiós, chiquilla, y lima los dientes á esa lobezna.

PEPE — Es el de tía Aurora el carácter más original que he visto.

ALF — Dímelo á mí, que la conozco desde que éramos así.

PEPE — Es bondadosa, afable, instruída; lo reune todo; pero en cuanto sale á relucir el puntillo moral...

ALF — La *escacharra*, como decimos los modernistas.

PEPE — O se *enardece*, como decimos los clásicos.

ALF — Pues ahí donde la ves, es la única mujer que yo hubiera llevado al matrimonio contento, aun á trueque de perder mi carácter y mi libérrima voluntad.

PEPE — ¿Y por qué no te has casado con ella?

ALF. — Aquí me tienes sin saberlo aún. Sé que teníamos unos caracteres tan opuestos que salíamos á pelotera diaria; sé que llegué á quererla como no he querido á ninguna mujer: se que un día intenté abrazarla en un momento de entusiasmo, y de descuido por parte de su madre, y sé que me rechazó indignada y me dijo que jamás sería su marido, aunque podía ser su amigo mejor. Lo que no sé es por qué tomé aquello tan en serio, ni por qué razón no he vuelto á hablarle más del asunto.

PEPE — ¿Y por lo visto ella sigue en sus trece?

ALF — No; en sus cuarenta y siete, que es peor.

PEPE — ¡Eres divino, Alfonso!

ALF. — Y tú, ya puedes andarte con cuidado. (Se sientan á la mesa del comedor.)

PEPE — ¿Yo, por qué?

ALF — Porque en cuanto te pille hablando dos veces con Carmela...

PEPE — (Algo confuso.) ¡Con Carmela!

ALF. — No te hagas el lila. Tú quieres á Carmela.

PEPE — (Turbado, queriendo disimular.) ¿Alfonso, qué dices?

ALF — No te vengas con esos aspavientos, que yo ya soy perro viejo, como dice tu tía, y á mí no me las das.

PEPE — Te aseguro...

ALF. — ¿Vas á hacerme creer que sin un gran inte-

rés has venido á pasarte aquí el mes de Abril, perdiéndote la feria de Sevilla?

PEPE No era cosa de rechazar la invitación de mi tía.

ALF ¡Ah!... ¿pero supones que yo no sé que esa invitación te la has procurado tú por todos los medios?

PEPE (Vencido) Veo que sabes más de lo que yo pensaba.

ALF. Un cotorrón de mi linaje, lo sabe todo, y lo que no, lo adivina.

PEPE Pues con franqueza te diré que quiero á Carmela.

ALF. ¿Le has dicho algo?

PEPE Ni me atrevo por temor á que vuelva á recibir con risas y burlas mis palabras como hacía la otra vez que estuve aquí.

ALF Acaso haya modificado su carácter.

PEPE Carmela sigue siendo la misma: tan burlona, tan indiferente conmigo. Temo volver á hacer de nuevo el ridículo.

ALF. A tu edad y con tu fortuna, no se hace el ridículo, ni aun montando en bicicleta.

PEPE Estoy seguro que volverá á recibirme con el irónico desdén de antes.

ALF ¿Y qué piensas hacer?

PEPE No lo sé.

ALF ¿Quieres que yo sondee el terreno?

PEPE ¿Qué vas á decirle?

ALF. Lo que se me ocurra. Acaso lo que menos te puedas imaginar. Ahora, lo que te encargo es que tengas cuidado con tu tía, porque si descubre tus intenciones, te manda á la China.

PEPE ¡Hombre, no será tanto!

ALF. ¡Qué menos vas á esperar de una mujer como esa, que le ha hecho á Juanillo una caseta en el jardin para que duerma!

PEPE ¡Qué exageración!

ALF. Y en cuanto descubra que corteja á Flor, lo ata con una cadena, como al perro.

PEPE Pues, hijo; lo tendré en cuenta.

ALF. (Ofreciéndole una copa de Jerez) Por vuestra futura felicidad.

PEPE (Chocando con la de Alfonso.) Y por la tuya.

FLOR (Por la segunda derecha con unas hojas de lechuga en la mano.) Señorito Pepe: Cristobal que acaba de yegar con las maletas. (Flor descuelga la jaula del canario, que estará colgada en la ventana de la derecha, y lo pone sobre una mesa volante que habrá junto á la ventana y comienza á cuidarlo.)

PEPE Voy en seguida. Con tu permiso, Alfonso. Hasta luego. (Hace mutis por la primera de la derecha.)

ALF. Anda con Dios. (Al ver á Flor poniéndole una hoja al canario.) Hola, Flor... se le da verde al pajarito, ¿eh?

FLOR A ponerle esta hojita pa que refresque... (Al pájaro, haciéndole caricías muy mimosas.) Toma, rico mío... ¡Precioso!... ¡Piquito de oro!... ¿Quién te quiere á ti, salao?...

ALF. (Acercándose algunos pasos hacia Flor con apetito mocero y mirando con recelo á las puertas de la izquierda y fondo por temor á ser sorprendido.) Eso es perder el tiempo, muchacha. El pájaro no entiende esas cosas.., ¡Si me las dijeras á mí!...

FLOR (Con burlona sonrisa.) ¡Si usté fuera canario, puede!

ALF. (Acercándose cada vez más rendido y almibarado.) ¿Y si lo fuera... me cuidarías con esos mimos y me pondrías el dedito para que te lo picara?

FLOR Y le limpiaría la jaula... y lo sacaría al sol...

ALF. ¿Y no podrías hacer todo eso, sin que yo sea volátil?

FLOR Sacarlo al sol, sí, señor; porque como ya va usté pa viejo...

ALF. (Algo corrido, pero disimulando y acercándose á ella con mucha zalamería, intentando cogerle la mano en que tiene la hoja.) ¿Qué es eso de viejo, muchacha?... ¡Si estoy más fresco que esa hoja de lechuga!

FLOR (Desviando la mano.) ¡Sí... sí que está usté fresco!

ALF. (Queriéndole coger un brazo.) ¡Tú, sí que estás tibia!

FLOR (En tono de reproche.) ¡Señorito Alfonso!... ¡Señorito Alfonso, que es usté el marqués de la Tentaruja!...

ALF. (Ya encalabrinado, apretando el cerco y cada vez con más recelo de ser sorprendido.) ¡Lo que soy es un canario que trina por darte un picotacito. (Se descubre sudoroso.)

FLOR Pues al primero que me dé, no va á desir ni pío.

ALF. ¡Pero qué ideas tan malas tienes, muchacha!

FLOR Peores las tiene usté.

ALF. ¿Yo, por qué?

FLOR (Viéndole la calva, con burlonería.) Porque las tiene enmarañás; como el pelo le ha nasío pa abajo...

ALF. De tanto pensar en ti.

FLOR Y en las otras. Si usté es como la romana del diablo, que entra con toas.

ALF. Hasta el infierno entraría yo contigo.

FLOR Lo que debe usté pedirle á Dios es que no entre Juaniyo.

ALF. A mí no me asustan los espantapájaros.

FLOR ¿Pues sabe usté lo que me dijo el otro día?

ALF. Alguna barbaridad.

FLOR Que le dijera á usté de su parte que se fuera comprando una dentaura postisa.

ALF. ¡Yo!... ¿Para qué?

FLOR Porque pensará estropearle la que usté tiene, digo yo que sería.

ALF. Lo que yo voy á hacer es comprarte un pañuelo de talle para que ciña ese cuerpo y dibuje esas líneas... (Queriéndolas dibujar, al tiempo que ve á Juanillo avanzar por el jardín; quedando suspenso y lleno de terror.) ¿El espantapájaros!...

FLOR ¡Josú!... ¡Juaniyo!

ALF. (Cogiéndole la hoja de lechuga y acercándola á la jaula para que la pique el pájaro, disimulando así su turbación.) ¡No te alarmes, ariscón!... ¡Si no es nada!... ¡Verás qué fresca y qué rica!... ¡Toma, tontín, tontín, tontín!...

JUA. (A la puerta del fondo, con las de Caín al ver á Flor con don Alfonso.) ¡Zeñorito Arfonzo!...

ALF. (Sin hacer caso.) ¡Anda, pica!... ¡Tontín!... ¡Tontín!...

JUA. ¡Zeñorito Arfonzo!

ALF. ¿Eh?... (Al verlo.) ¡Ah!... ¿eres tú? ¿Qué hay?

JUA. ¡Zu cochero, que zi dezengancha ó que zi no dezengancha!

ALF. Dile que no... digo que sí... O mira; deja. Yo iré, que tengo que hablarle. (Dándole la hoja á Flor.) Toma, á ver si la quiere tomar contigo. (Hace mutis por el fondo.)

JUA. (Viéndolo ir.) Y tenga usté cudiao... que er perro anda zuerto...

ALF. No importa; ya me conoce.

JUA. Yo zí que te conozco, ¡milano!... (Hacia Flor en un arranque de coraje y celos.) ¿Qué hacías tú aquí con er zeñorito Arfonzo?

FLOR Que vine á echarle una hojita ar canario y...

JUA. ¿Y aprovechó la coyuntura pa dárzelo é, no es ezo?

FLOR Mira: en cuanto vuervas á pensá malamente de mí, la que va á aprovechá la coyuntura ví á ser yo, pero pa acabar contigo, ¿te vas enterando?

JUA. Es que yo zé que eze hombre, estando al lao de una mujé, no tié las manos quietas, ni aunque lo estén afeitando.

FLOR Conmigo se guardará muy bien.

JUA. Zi ezo es como er caracó, que por donde paza deja rastro.

FLOR Lo que tú eres es un mar pensao, y conmigo no.

JUA. (Templándose y algo zalamero.) Pero, chiquiya... zi yo no te quiziera con las fatigas que te quiero, me iba á importá ná que arguien te hiciera azín... ni azín... ni azín... (Cogiéndola por el codo.)

FLOR (Aterrada; quedando inmóvil al ver aparecer á Carmen por la puerta de la segunda izquierda.) ¡La señorita!

JUA. (Más aterrado que ella, como si comenzara á crecer.) ¡Er zantólio!.,.

CAR. (Que se ha detenido al verlos, con fingida seriedad.) ¿Qué hacéis ahí?

JUA. (Sin saber qué decir.) Que... que le estaba diciendo á ésta... que.. que...

FLOR (Algo más serena, saliendo á la defensa.) Que si yo había visto la regaera.

JUA. Ezo... porque iba á echarle un riegueciyo á las flores...

CAR. Sí; ya veo que las cuidas con mucho cariño.

FLOR Y yo la estaba diciendo que no la había visto.

JUA. Y yo le decía... (*Dándole empellones, como se los daba antes á Flor.*) ¡que la has cogío tú!... ¡que la has cogío tú!...

CAR. (*Disimulando la risa.*) Bueno, Flor; anda á lo que tengas que hacer. (*Flor sale mustia por la segunda puerta de la derecha.*) Y tú, Juanillo, al jardín. Y ten más cuidado para otra vez con las cosas... (*Marcando mucho las palabras.*)

JUA. Zi no la tocara nadie...

CAR. ¿Eh?...

JUA. La regaera...

CAR. Eso es lo que hay que evitar, que nadie la toque.

JUA. Ezo... (*Saliendo por la puerta del jardín.*) Esta ze ha maliciao argo.

CAR. (*Hojeando unos periódicos y revistas que hay sobre la mesa.*) ¡Amores campesinos!... Pero qué picardía y qué malicia tiene esta gente del campo.. Después dicen de las ciudades... No quiero pensar si mi tía entra y los ve... ¡Jesús la que se ganan!... Y luego dirá que sus criadas van al altar sin saber lo que es un abrazo. Pues como las otras hayan sido como esta... (*Dirigiéndose al jardín.*)

ALF. (*Encontrándola á la puerta.*) ¡Hola!... ¿Dónde se va, pitusa?

CAR. A dar un vistazo al jardín.

ALF. Te acompaño si quieres.

CAR. ¿Y mi primo?

ALF. Creo que ha ido á bañarse y luego se acostará un rato. Hasta la hora de la comida no cuentes con él.

CAR. Ha hecho bien. El descanso es lo primero.

ALF. Vamos á ver. ¿Y cómo lo encuentras?

CAR. Lo mismo. En tan poco tiempo, poco ha podido variar.

ALF. En lo físico; en lo moral ha variado mucho.

CAR. (*Comenzando á interesarse.*) ¿Para bueno ó para malo?

ALF. Para buenísimo. Aquellas correrías locas, aquellos trapicheos y aquellas juergas constantes, han desparecido.

CAR. (Con alegría en los ojos y creciente interés.) ¿De veras?... Dime, dime... ¿Conque, tan regenerado, eh?

ALF. En absoluto. En fin, creo que hasta piensa hacerse conservador: no te digo más.

CAR. ¡Ay, qué bien!

ALF. Esto era de esperar... Y así se lo dije muchas veces. En cuanto te enamores, varías.

CAR. ¿Conque está enamorado?,.. ¡Pero ven acá, hombre!... cuéntame... cuéntame... Siéntate aquí. (Se sienta ella y le invita á ocupar otra silla á su lado.)

ALF. (Haciéndolo.) (Ahora verás lo que es bueno.)

CAR. (Sin saber decir otra cosa y pendiente de los labios de Alfonso.) ¿Conque tan enamorado está?

ALF. ¿Qué ha podido traerlo aquí más que eso? el amor, el deseo de realizar su sueño.

CAR. (Saliéndosele el alma de alegría; nerviosa, excitada, queriendo ocultar sus sentimientos.) ¿De veras?

ALF. ¿Pero tú no lo sabías?

CAR. ¡Sí!... ¡digo no!... Es decir, me suponía algo... ¡pero... nada más!

ALF. Y la verdad es que la prenda se merece cualquier sacrificio.

CAR. (Con la natural coquetería creyéndose aludida.) ¿Luego tú la conoces?

ALF. Muchísimo.

CAR. (Queriendo arrancarle el secreto.) ¿Y cómo es; rubia ó morena?

ALF. Castaña: pero con unos ojos y una boca y una gracia en toda ella... Vamos, una castaña de las que entran pocas en libra.

CAR. (Ruborosa.) ¡Qué exagerado eres!

ALF. (Observando con cierta burlería el efecto que le causan sus palabras.) ¿Exagerado?... Ya me lo dirás el día que la conozcas.

CAR. (Demudándosele el color. Absorta, dudando de lo que ha oído.) ¿Cómo cuando la conozca?...

ALF. Y que será pronto, porque piensa casarse en seguida.

CAR. (Confusa, trastornada; haciendo esfuerzos por ocul-

tar su habitación.) ¡Ay!... ¿Pero... pero con quién?

ALF. (Echándolo á broma, sin querer darse cuenta del estado de Carmen.) ¿Con quién había de ser?... Con su novia.

CAR. (Cada vez más confusa y nerviosa.) ¿Pero tú á que novia te refieres?

ALF. A la de Pepe... ¿A cuál me iba á referir?...

CAR. (Haciendo heroicos esfuerzos por ocultar su desengaño: nerviosa y excitadísima, estrujando el pañuelo entre sus manos.) Es que yo creí que... ¡nada!... ¡nada!...

ALF. ¿Pero qué te sucede, muchacha?

CAR. ¡Nada, nada!... que estaba confundida... ¡Que no es lo que yo me figuraba!...

ALF. (Gozándose en el efecto producido: siempre en tono de zumba, sin dar importancia á la actitud de Carmen.) ¿Pero á cuál te referías tú?... ¿Tenía otra novia?

CAR. (Haciendo esfuerzos para no llorar.) ¡Sí... ¡digo, no!... ¡Como novia no llegó á ser su novia!... El la pretendió... pero ella no le hacía caso... (Dando á sus palabras tono de despecho.) ¡Se reía de él!... ¡No era su tipo!...

ALF. ¡Buena tonta sería!

CAR. (Ofendida en su amor popio.) ¡De tonta no tiene ni un pelo!... ¡Que te conste, Alfonso!...

ALF. Lo digo, porque por esas risas y esas burlas, se ha perdido un buen partido.

CAR. ¡A ella no le importa ni tanto así!

ALF. ¡Es que Pepe vale!

CAR. (Con marcado desdén.) ¡Phiss!... ¡regular!

ALF. Es simpático... arrogante...

CAR. ¡Phiss!.. ¡regular!

ALF. Goza de buena posición...

CAR. ¡Phiss!... ¡regular!

ALF. ¿Regular llamas tú á una fortuna como la suya?

CAR. ¿Otras hay mayores?

ALF. En Andalucía, pocas.

CAR. (Queriendo contener sus nervios.) ¡Vaya, vaya con Pepito... ¡Y qué callado se lo tenía!

ALF. Pues el objeto de su venida, no es otro que el de participárselo á su tía... ¡Ah!... Y tú

me haces el favor de no darte por enterada con él, de nada de lo que te he dicho: me encargó mucho que no te dijera una palabra.

CAR. (Dejando escapar su encono con marcada ironía.) ¿A mí, por qué?.. ¿Creerá el muy tonto que me va á dar envidia?...

ALF. Envidia precisamente no: pero como cuando pasó aquí aquella temporada, *flirteó* algo contigo, es natural que tenga algún reparo en decirte...

CAR. ¡Pero, si yo no le hice caso!... ¡Si yo no hacía más que reirme de sus majaderías!...

ALF. Pues ese es su temor: que al decirte que desea casarse vuelvas á recibirlo con iguales risas y burlas.

CAR. Pues que no tenga ningún temor. Y le dices de mi parte, que á mí me tiene sin cuidado que se case, que no se case, ¡ó que se quede viudo!... (Levantándose nerviosa.)

ALF. (También de pie.) ¡Mujer, pobrecilla!

CAR. ¡Sin duda creerá el muy tonto que estoy enamorada de él y me voy á morir de celos! (Lanzando una carcajada para no soltar el llanto y dirigiéndose al fondo.) ¡No creí que mi primo fuese tan ridículo!

ALF. ¿Dónde vas, muchacha?

CAR. (Deteniéndose en la puerta.) Al jardín, á ver mis flores... (Volviendo.) ¡Ah!... y dile, que no sea tan tímido... que no le pienso reñir porque me comunique tan fausta noticia... (Lanzando otra risa nerviosa y haciendo medio mutis hacia el jardín.) Ja... ja... ja...

PEPE (Apareciendo por la primera puerta de la derecha.) ¿Qué le pasa á mi prima, que va tan alegre?

ALF. Que te lo diga ella.

CAR. (A la puerta, apoyada sobre el quicio.) ¡Que te lo diga Alfonso!

ALF. Ahora mismo. Se ríe porque le he dicho que te quieres casar.

PEPE (Sorprendido, creyendo que ya Alfonso le habló de sus deseos.) ¡Alfonso! ¿qué has hecho?

CAR. (Llena de ironía.) ¡Ya sé que no querías decírmelo, lo cual me ha parecido una ridiculez!

PEPE (Creyéndose correspondido: sin atreverse á avanzar hacia ella: con ardorosa pasión.) ¡Carmela!...

CAR. (Ahogando su dolor con sonrisa nerviosa.) ¿Creías que iba á enfandarme? ¿Que te iba á reñir?... ¡Al contrario!... ¡Si me parece muy bien!...

PEPE (Sin querer dar crédito á lo que oye, creyendo ser aceptado, dando un paso hacia ella.) ¿De veras, Carmela?

CAR. ¡Y tan de veras!... ¡Ya ves con cuánto júbilo recibo la noticia!... (Marchándose al jardín con risa que parece ahogar el llanto.) Ja... ja... ja...

PEPE (Confuso, viendo en aquella risa un nuevo desengaño. Con desaliento, viéndola ir.) ¡La ves, Alfonso!... ¡Burlona como siempre!... ¡Se va riendo!...

ALF. (Extendiéndole los brazos con íntima satisfacción, conduciéndolo á la puerta para ver á Carmela.) ¡No!... ¡va llorando!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un rincón del jardín de «Villa Aurora» con verja paralela al fondo, hasta la mitad del escenario, desde donde tuerce oblicuamente hasta perderse en la primera caja de la derecha. Junto al vértice del ángulo, cancela, qué da entrada á la finca.

Una enredadera orla con sus ramas casi toda la verja.

A la izquierda, un banco de los llamados de jardín con espaldar de hierro, detrás del cual crece un limonero.

Al fondo un macizo de arrayanes y á la izquierda un grupo de macetas artísticamente colocadas que avanzan desde el segundo término al fondo, dejando paso en aquél y en el tercero.

El telón de fondo paisaje andaluz, en el que se ve á lo lejos y esfumado un pueblecillo de casas blancas y apiñadas. Es por la tarde.

(Al levantarse el telón aparece sola la escena. A poco se oye el ladrido de un perro sobre la derecha.)

ANILLA (Dentro, al oir el ladrido y como avanzando hacia la escena.) ¡Calla, arrastraízimo, que píes más que un fiscá!... (Nuevo ladrido y Anilla que aparece por la izquierda con un plato con desperdicios de la cocina, atravesando la escena y dirigiéndose á la cancela por donde desaparece.) ¡Aguarda, que ayá voy Zurtán!... ¡Jozú, qué animalito!... ¡come más que la poliya!

FLOR (Dentro, canturreando y apareciendo por el primer termino izquierda con un delantal en la mano que cuelga en lo alto de la verja de la derecha.)
Con el vele, vele, vele,
masetita de claveles

regalo de un seviyano,
qué bonita y qué bien huele
por la mañana temprano.

ANILLA (Por donde salió, con la fuente vacía, deteniéndose al ver á Flor colgando el delantal.) ¡Ya estás poniendo er banderín!

FLOR (Contrariada, disimulando su enojo.) ¿Qué banderín?

ANILLA (Con dejo de ironía.) Er pretexto der delantá. ¿Tú crees que yo no ze que lo pones ahí pa avizá á Juaniyo?

FLOR ¡Es usté la mujer más maliciosa y peor pensá que me he echao á la cara!

ANILLA (Con sorna.) ¿Porque no comurgo con rueas e molino, verdá?

FLOR Lo pongo ahí pa que se oree.

ANILLA ¿Y toas las tardes lo sacas á oreá?... Ni que estuvieras criando á un niño tábiro.

FLOR ¿Ha visto usté?

ANILLA Pos ándate con cudiao, porque en cuanto te vea la zeñita, te manda á corgar er delantá á la torre e Zarmeina.

FLOR ¡Mejó!... con eso ayí lusirá más.

ANILLA Lástima que vayas á perdé una caza como ésta por eze pindongo de Juaniyo.

FLOR (Con desfachatez y herida en su amor propio.) ¡Sobre que yo no tengo na que ve con Juaniyo, no es Juaniyo tan cuarquiera cosa pa que usté lo despresie de ese modo!

ANILLA Aviá está la infeliz que ze caze con Juaniyo.

FLOR Pero, ¿qué farta le encuentra usté á Juaniyo, vamos á ver?

ANILLA Que ezo no es un hombre, es una cuchara: no zirve más que pa comé.

FLOR Mejó: así la que se case con él no tendrá que pringarse los deos.

ANILLA Pues con tu pan te lo comas, hija. (Haciendo medio mutis.) Y me voy á ver zi está ya el agua caliente.

FLOR ¿Pa er baño der señorito Pepe?

ANILLA Buena me ha caío á mí con el baño der zeñito Pepe. Baño por la mañana, baño ar medio día, baño al oscurecé... Ziempre ha

de está metío en el agua. Azí está é, que parece un calamá.

FLOR (Deteniendo á Anilla que vuelve á hacer medio mutis.) Y diga usté, Aniya: ¿no ha podido usté vislumbrá na de lo que le pasa á la señorita Carmela?

ANILLA ¡Hija de mi arma, que está que parece que le ha caío er cenizo!

FLOR Desde que yegó de ve á su hermana, está desconosía.

ANILLA ¡Ni que la hubiean vuerto como á un carcetín! Aquel genio zuyo; aquella alegría zuya, aquel reí zuyo y aquel agrao zuyo pa to, como zi ze lo hubiera dejao de regalo ar niño que fué á vé de zu hermana.

FLOR Yo creo que lo que tiene son seleras con el primo.

ANILLA Por ahí va el agua ar molino, no vayas á penzá. ¡Mardecíos quereles, y cuantos disgustón traen al mundo!

FLOR Cuando están en la mesa es como hay que verlos. El, no hace más que comérsela con los ojos; pero eya, abre er pico: es desí, ni lo mira.

ANILLA Pues por mucho que disimule, dentro yeva la mordeura del queré.

FLOR Y si es él, no hay más que verlo. Derretío tiene por eya hasta er cueyo e la camisa.

ANILLA Eya está azín de que ze habrá enterao de argún trapicheo zuyo.

FLOR ¿Y quién se lo iba á desí?

ANILLA Eze zombrón de don Arfonzo, que es capás de armar un lío en la cabeza un carvo.

FLOR También es való de hombre.

ANILLA Cuánto mejó que ze queara en Zarmeina, ziendo el hazme reir de toas las muchachas, y no viniera aquí á lucí zus gracias y zu perzona con ezas chaquetas tan anchas que ze pone y ezos pantalones doblaos por abajo, que parece que le hacen la ropa zin tomarle medía.

FLOR ¿Usté no le ha preguntao á eya na?

ANILLA ¿Yo?... ¡Zi está conmigo como no ha estao nunca! Le pío las yaves de la despenza, y

me da las del ropero; le pío el aseite, y me dar er vino; le pío er vino y me da un zofión.

FLOR ¡Pero cómo pone Dios á las criaturas!

ANILLA Y me voy, no vaya á está el agua jirviendo. ¡Azín ze metiera en eya y zaliera escardao, á ver zi escarmentaba! (Mutis por la izquierda.)

FLOR Buenos están tóos los hombres: ar mejó debían emplumarlo. Empesando por Juaniyo... Como si no fuera más que er delantá quien lo estuviera esperando. Pues como tarde, el plantón no se lo yeva la hija de mi madre. (Al pasar por el jardín se fija en una margarita, que arranca.) Una margarita abierta. Vamos á ver lo que me dise. (Recordando.) ¿Cómo empesé ayer?... ¡Ah, sí; casándome! (Quitando á la flor hoja por hoja, mientras va preguntando:) ¿Me caso?...¿No me caso?...¿Me caso?... ¿No me caso?...

AUR (Por la izquierda, primer término, fijándose en lo que hace Flor.) ¿Qué haces, muchacha?

FLOR (Algo sorprendida.) Aquí, que estaba entretenía con esta margarita...

AUR. Preguntándole si vas á casarte, ¿no?

FLOR Por curiosidá na más.

AUR. ¿Y tú crees en esas patrañas?

FLOR Como en que nos hemos de morí. A más de cuatro y á más de sinco conosco yo, que les ha salío que sí y se han casao; y á Josefina la Romeyá le salía siempre que no, y ahí la tiene usté; sortera, viviendo con Perico er Sereno.

AUR Y á tí, ¿qué te ha salido?

FLOR ¡Que tiene usté Floriya pa rato!

AUR. Vaya, menos mal.

FLOR ¡Ay, no lo permita Su Divina Majestá, señorita!

AUR. ¿Tantas ganas tienes de dejar la casa?

FLOR De dejarla no; pero de casarme... Como una no tiene otro aliño...

AUR. Anda, anda, no digas necedades y llégate á ver si la señorita ha concluído de arreglarse y le dices que la espero aquí.

ALF. (En la cancela.) ¿Quién vive en este palacio?

AUR. ¿Eres tú?

ALF. El mismo que viste y calza.

AUR. Supongo no habrás venido á pie.

ALF. No. Dejé el coche á la entrada del olivar y he venido hasta aquí para dar el paseo. Pero dí que abran, mujer, que parece que estoy en la reja de una cárcel.

AUR. Otros estarán con menos motivo.

ALF. (A Flor, que al hacer mutis, quedó á la izquierda al verlo llegar.) Tú, ninfa de este bosque: franquea la cancela para que entre este fauno. (Flor se dirige hacia la verja abriendo la cancela.) Gracias, Florilla. (Flor hace mutis por la izquierda sin hacer caso de la amorosa salutación de Alfonso.)

AUR. (En tono de reconvención al verlo entrar.) ¿Pero cuándo vas á tener formalidad, Alfonso?

ALF. Cuando tú olvides esa rancia moral que te perturba.

AUR. Pues ya tienes para rato.

ALB. Tanto mejor. ¿Y esa pareja, dónde anda?

AUR. (En tono confidencial.) Precisamente me alegro que hayas venido y que estemos solos. Quiero hablarte de Carmela.

ALF. ¿Qué le ocurre?

AUR. No lo sé, y eso es lo que más me preocupa. Pero desde que llegó de ver á su hermana, la veo triste, pesarosa, sin ganas de hablar, ni de reir, ella que parecía un pájaro.

ALF. Los pájaros tienen su período de mudez: acaso esté Carmela en la muda.

AUR. No te vengas con bromas, que el caso es serio. Carmela tiene alguna pena que la entristece el alma. Por más que me esfuerzo por distraerla nada consigo. Y si es su primo, no digamos. Se pasa las horas contándole historietas, que ella escucha con indiferencia; le pregunta y apenas si contesta, hasta que aburrido se marcha de su lado.

ALF. Hace mal. La mujer que más distrae no es la que más habla, sino la que mejor sabe escuchar. La que atiende, es porque deja entrar en su alma la música de las palabras.

AUR. Esta mañana la sorprendí en su cuarto llorando.

ALF. Cuando una mujer ríe, acaricia una ilusión; cuando llora, es porque la ha perdido.

AUR. ¿Pero, qué ilusiones ha podido perder Carmela? ¿O crees que pueda estar enamorada?

ALF. A su edad, es lo más lógico.

AUR. ¿Y de quién había de estarlo?

ALF. De cualquiera. El amor es ciego. De algún pastorcillo humilde... ¡Acaso de mí!

AUR. Está visto que contigo no se puede hablar en serio.

ALF. ¿Crees, acaso, que por ser sobrina tuya, va á tener el alma fría, cerrada al amor, como la tienes tú?

AUR. Alfonso, no empieces ni te salgas de lo que estamos hablando.

ALF. De la causa de la melancolía de Carmela, y yo señalo el efecto.

AUR. ¿Y tú crees que es el amor?

ALF. Es lo más probable.

AUR. ¿Y en qué te fundas para ello?

ALF. En que tiene veinte años. ¿Te parece poco peligrosa esa edad?

AUR. ¿Pero cuándo, dónde, de quién? ¡Si no es posible!

ALF. El mal de amor entra como los catarros; al menor descuido.

AUR. ¡Anda al infierno!

ALF. Pues mira; ahora, en serio, te digo, que no debe preocuparte el estado de Carmela. A lo mejor, todo ello no es más que una contrariedad, algún desengaño.

AUR. (Al ver á Pepe que llega por la izquierda.) Calla, que viene Pepe.

PEPE (Apareciendo y suludando á Alfonso con efusion.) ¡Adiós inclito y periínclito varón; gloria, honra y prez de los más terribles conquistadores! ¿Cómo tan tarde?

ALF. ¡Qué quieres, hijo! El hombre propone y las mujeres disponen.

AUR. (Amostazada.) ¡Pero qué ilusiones se forja este mico!

ALF. ¿Ilusiones?... No pongo el pie en la calle,

que no se asomen á las puertas las mujeres al verme pasar para saludarme y decirme:— (Imitando distintas entonaciones de voz.) Vaya usted con Dios, Alfonso.—Usted cada día más joven.—Pero qué caro se vende lo bueno.—Don Alfonso, ¿no quiere usted descansar un ratito?—Y á una la saludo, y sigo; y á otra la digo una chirigota, y paso; y á ésta no sé qué decirle... y entro un ratito...

PEPE ¿Pero tanto partido tienes en el pueblo?

ALF. Como que no puedo darle abasto á los pedidos.

AUR. (Sulfurada, haciendo mutis por la izquierda.) Me voy, porque á éste no se le puede escuchar sin que escandalice.

PEPE (Siguiéndola hasta la salida.) No hagas caso... Son bromas suyas. (Dirigiéndose á Alfonso, con ímpetu de súplica.) Y ahora que estamos solos, por nuestra amistad, por lo que más quieras, dime qué has hablado con Carmela.

ALF. De tu proyecto de matrimonio, nada más.

PEPE ¡Y ese es motivo para que me trate con esa frialdad y ese desvío que me destrozan el alma!

ALF. (Riendo.) ¡Ay Pepe! Veo que estás muy enamorado!

PEPE Como no soñé estarlo nunca.

ALF. (Contrastando su calma con la vivacidad nerviosa de Pepe.) ¿Y por qué no se lo dices?

PEPE ¿Pero tú sabes con la seriedad que me trata?

ALF. Tanto mejor· ¿No me digiste que no te atrevías á declararte á ella por temor á sus risas y á sus burlas?...

PEPE Sí.

ALF. ¿No te ofrecí prepararte el terreno, para facilitarte la entrada? Pues ya se acabó el temor; ya está seria; ya no se ríe.

PEPE Mira, Alfonso...

JUA. (Por la cancela, con una vara de naranjo y herramientas para ingertar que deja en el banco, con la americana que lleva echada al hombro.) Buenas y zantas no dé Dios, zeñoritos.

ALF. Hola, Juaniyo... ¿De trajín?

JUA. Aquí á ingertá este limonero.

PEPE — Bueno, ¿pero qué le has dicho?.. ¿Rechazó mi proposición?... ¿Cuál es la causa de su tristeza?

ALF. — Calla, hombre, que se está enterando Juanillo.

PEPE — (Indiferente á todo.) ¡Te aseguro que si continúa en esa actitud, mañana mismo me voy de esta casa!

ALF. — (Cogiéndolo de un brazo y llevandoselo por la izquierda, tercer término.) ¡Calla, hombre! Vámonos de aquí y hablaremos... ¡Si no hay motivo!... (Mutis.)

JUA. — (Viéndolos ir.) Me paece á mí, me paece, que el rato e palique con Floriya, no me da á mí esta tarde por pico... ¡Zeñó, y qué cariño que le han tomao tóos ar jardín!... Como si no tubiean más sitio aonde estar que el jardín; con un comedó como er que tienen, donde podían yevarze tóo er zanto día jugando á la brisca... Pos no zeñó.. que han de estar tóo er día en er jardín. Ni que fuean orugas. (Se dispone á trabajar.)

FLOR — (Por la izquierda, asomándose con sigilo, sin atreverse á entrár, llamándolo en voz baja.) ¡Juaniyo!

JUA. — (Alegrándosele el alma al verla.) ¡Floriya!... Ya pensé que no ibas á vení.

FLOR — Yo zí que pensé que tú no venías.

JUA. — Antes fartaba el lusero el arba.

FLOR — ¿Dónde has estao?

JUA. — A por una vara de naranjo pa hacé un ingerto.

FLOR — ¿Ingerto de qué?

JUA. — De na .. Caprichos e la zeñorita. ¿Y la gente anda por ahí?

FLOR — Las señoritas en la casa, y los señoritos paseando están por la huerta.

JUA. — Amarraos los dejaría yo ayí á los dos con er borrego.

FLOR — Te digo que ca día estoy más asustá...

JUA. — No tengas mieo y arrímate pa acá, ¡ariscona!

FLOR — (Entrando con no poco recelo.) ¿Vendrá arguien, Juaniyo?

JUA. — ¡Ziéntate zin reparo!... Zi este ratito e por las tardes es el único que tenemos tranquilo.

FLOR Te arvierto que Aniya anda escamá.

JUA. A eza la ajogo yo en la tinaja er mejor día por chismosa.

FLOR Déjala tú, que una hija tiene mocita.

JUA. ¡Y fea con arma!

FLOR Como que de las lechuzas no puen nasé calandrias, Juaniyo.

JUA. Entonces, en un nío e jirguero nacerías tú... (Cogiéndola de los brazos y obligándola cariñosamente á sentarse.) Y ziéntate, mujé.

FLOR ¡Te digo que esto no es vivir!

JUA. ¿Pero zeñó, es un delito que ze quieran dos perzonas?

FLOR ¿Entonces, pa qué está una?

JUA. (Dándole en el hombro.) ¿Y pa qué está uno?

FLOR ¿Juaniyo, tú no pués hablar sin tener las manos quietas?

JUA. ¡Con las manos y con los ojos y con el alma quiziea hablarte yo!

FLOR ¡Miá que si viniera arguien!

JUA. ¡Y qué, zi viene arguien! ¿No has podío tú zentarte ahí pa verme hacé el ingerto?

FLOR ¿Y yo que no he podío nunca explicarme lo que es un ingerto?

JUA. Pues un ingerto es... un ingerto.

FLOR Pues quedo enterá.

JUA. Un ingerto es, er casamiento de dos plantas, zarva zea la comparación.

FLOR ¡Ay, sí!... Explícame eso.

JUA. Mu zenziyo. Este es un limonero que no hace más que crecé, pero zin da fruto. Y ayí hay un naranjo que viene tóos los años cargao de azahar. Pues ze le corta una vara ar naranjo, que tenga yema, que es el ingerto, y otra al limonero, que zirva de patrón. Ze le pone una púa pa que agarren y puea corré la zavia; ze le amarra un trapo, que es la venda pa azujetarlo más: cae el agua der cielo, que es la bendición de Dios, y al año, ya tienes al limonero dando ca naranja tan gorda, como la cabeza de un chiquiyo.

FLOR Mira que es misterioso, ¿verdá?

JUA. Mismamente como le pasa á las perzonas.

Figúrate que tú eres un peral... y yo un camueso. Pos yega er jardinero, que es er cura; nos junta por las manos, que es la púa con que nosotros nos agarramos; nos echa un paño por cima, que es la venda pa azegurarnos más; nos zuerta las bendiciones, que es el rocío del cielo, y antes del año, aplica el cuento del peral y del camueso.

FLOR ¿Y cuántas veces pué injertarse un árbo, dí?

JUA. De ca vez, una; pero zi el injerto muere vuerta á injertá, como ze caza er que enviuda.

FLOR Ca día se aprende una cosa nueva, Juaniyo.

JUA. ¡Pa las ganas que yo tengo de que nos injerten! (Acercándose á ella muy cariñoso, hasta sentarse á su lado en el banco.) Mentira me va á parecé er día que he de verme azín, (Cogiéndola una mano.) cogío á tu mano, y con er paño echao por cima, (Echándole el otro brazo por los hombros.) y yo mirándote azín, mientras er cura nos echa er Zacramento...

AUR. (Por la izquierda, deteniéndose llena de asombro y dando un grito de horror al verlos abrazados.) ¡Flor!

FLOR (Dando un salto del asiento y un grito de espanto, quedando anonadada.) ¡La señorita!

JUA. (Lo mismo: viendo el modo de que se lo trague la tierra.) ¡Er zantolio!... ¡Nos caimos!

AUR. (Avanzando algunos pasos hacia ellos, altiva, en tono de dureza mezclada con acento de ironía.) ¡No está mal, mujer!... ¡No está mal!

JUA. (¡De aquí zalimos con los manzos!)

AUR. ¿Esta es la manera de portarse en una casa donde no habéis recibido más que favores?

FLOR (Balbuciente, próxima á romper en llanto.) ¡Señorita Aurora!...

JUA. (Lo mismo.) ¡Zeñorita Aurora!

AUR. ¡A callar!... ¡Ya me presumía yo algo de esto; pero nunca llegué á suponer que llevaséis vuestro descaro y vuestra poca vergüenza á semejante punto!

FLOR ¡Señorita Aurora, yo le juro!...

JUA. ¡Zi era que le estaba explicando cómo ze hacen los ingertos!

AUR. Gracias que he llegado á tiempo de cortar por lo sano, si no, sabe Dios dónde hubiérais llegado á parar... ¡Indecentones!

FLOR (Llorando.) ¡Ay, señorita Aurora, que yo tengo mucha vergüenza!

AUR. ¡Y miren el lugar que han ido á escoger para sus torpezas!... ¡Al lado de la puerta!... ¡En medio del jardín!... ¡Así, así! ¡á ojos vistos!... Para que todo el mundo vea que aquí campa cada cual por sus respetos; para desacreditar mi nombre, para que pueda decirse que mi quinta es un foco de inmoralidades.

FLOR (Llorando amargamente.) ¡Ay, no me diga usté más cosas, señorita Aurora, por el amor de Dios!

AUR. (Con mucha altivez.) ¡Fuera!... ¡Fuera de mi casa, que la deshonrais con vuestra presencia!... ¡Miren la mosquita muerta!

FLOR ¡Ay, señorita, por los clavos de Cristo, no me diga usté más!

AUR. ¡Quítate de mi vista!... ¡A la calle!... Ahora mismo coges tu ropa y te vas á Salmedina á lucir tu desvergüenza.

FLOR ¡Ay, señorita Aurora, oigame usté por la Virgen del Carmen!

AUR. ¡No tengo nada que oir!... (Encarándose con Juanillo.) ¡Y tú... sinvergüenza!

JUA. (¡Jozú!... ¡Ahora es conmigo!)

AUR. ¡Ya puedes largarte de aquí! ¡Ojalá no hubieras venido nunca! ¡Al cortijo! ¡A destripar terrones, á ver si se te aplacan esos fuegos de Sátiro!

JUA (¡Jozú... qué me habrá dicho!)

AUR. ¡Fuera de mi casa la mala semilla!

JUA. ¡Pero zi no ha pazao na, zeñorita! ¡Zi too ha zío una inocentá!

AUR. ¿No habéis oído?... ¡A la calle!

CAR. (Que aparece por la izquierda, alarmada de los gritos, seguida de Pepe y de Alfonso.) ¿Qué pasa?

FLOR ¡Ay señorita Carmela, qué desgraciaita soy!

CAR. ¿Pero, qué ocurre?

PEPE ¿Qué es esto?

ALF. (Haciéndose cargo de lo ocurrido.) ¡Ah! vamos... Juanillo que estaría cuidando su flor.

AUR. (Con profundo encono.) A este par de indecentones que he cogido *infraganti* abrazándose descaradamente en ese banco.

FLOR ¡Ay, madrecita mía, que á mí me va á dar algo!

AUR. ¡Aquí... á la vista del mundo entero! ¡Sí, sí: bajad la cabeza! ¡Lástima de vergüenza, qué tarde viene!

FLOR ¡Ay, señorita Aurora, por Dios!

AUR. ¡Fuera de mi presencia y de mi casa!

FLOR (Llorando y haciendo mutis por la izquierda, pasando frente á ellos avergonzada.) ¡Ay, señorita, que yo no he hecho na malo! ¡Que yo tengo mucha vergüensa, señorita! ¡Ay, qué desgrasia más grande!

JUA. (Siguiendo á Flor.) ¡Zeñorita... que no es lo que usté ze ha maliciao!

CAR (Al verlos salir.) ¡Pobrecillos!

PEPE Me dan lástima.

ALF. Y á mí.

CAR. (A Pepe y Alfonso.) Hay que interceder por ellos.

ALF. ¡Cualquiera se atreve!

AUR. ¿Habéis visto nada semejante?

ALF. ¿Yo?... Muchas veces.

PEPE Tía, perdónalos... Son jóvenes, se quieren... Con separarlos se evitan escenas de esta clase.

AUR. ¡Imposible, después de lo pasado!

CAR. (Suplicante.) ¡No seas intransigente, tía!... Yo te aseguro que no lo volverán á hacer.

ALF. No aseguraría yo tanto.

AUR He dicho que no, y basta.

ALF. ¿Pero á qué eres así, Aurora?... ¿Cuándo vas á abrir los ojos á la razón?... Si eso es lo eterno, lo irremediable, lo que tiene que suceder.

AUR. Mira, déjame de majaderías.

ALF. ¿Crees acaso que lo han pensado siquiera? Eso viene de dentro, de muy adentro... No se piensa... se hace... Es el medio, el procedimiento para expresar el amor.

ALF. Calla, calla... Capaz serás de aplaudirlos.

AUR. Y de envidiar á Juanillo.

CAR. ¡Tía Aurora, son buenos!... ¡Perdón para ellos!... ¡Hazlo por mí!

PEPE Sí, tía Aurora; por Carmela y por el amor de esos infelices. Dios perdonó á la Magdalena, que amó mucho.

AUR. (Enérgica.) ¡Por nada del mundo!... ¡En mi casa, jamás! Dejaría de ser quien soy. Y no se hable más de ello. Voy á darles sus salarios. (Hace mutis por la izquierda, llena de orgullo y altivez.)

CAR. ¡Piénsalo bien, tía!...

ALF. No te esfuerces, que no la convencerás. Moral, moral y moral. Esa es su idolatría.

PEPE Y lo peor es que los quiere.

CAR. Y seguramente los perdonaría si no fuera por la negra honrilla.

PEPE ¡Pobre Flor, cómo lloraba!

ALF. (En tono romántico.) ¡*Qué hermosa estaba afligida!*...

PEPE ¡Pero, Alfonso, hasta ahí!...

ALF. Hasta en las lágrimas encuentro yo alegría. ¡Qué hermosos son esos poemas que empiezan con una lágrima y acaban con un beso... como dijo el poeta!

CAR. Mejor sería que en vez de esos recuerdos, fueras á ver si la convences.

ALF. Si no pude de joven, voy á poder ahora.

PEPE Mira, quién sabe.

ALF. Por complaceros... (Bajo á Pepe.) y por dejaros solos, voy á ver si puedo. (Mutis izquierda.)

CAR. Sí, hombre; por esos infelices.

PEPE ¡Pobre flor!

CAR. ¡Y pobre Juanillo! (Distraída mirando las flores y paseando por el jardín.) Los dos son dignos de lástima.

PEPE Si esa es la vida, ¿á qué oponerse á ella?

CAR. Tía Aurora, no sabe vivir.

PEPE Sí sabe; pero en otra esfera; en otro mundo. Mira á la vida y cierra los ojos cegada por su deslumbradora visión.

CAR. Se fué el poeta y queda el filósofo.

PEPE Lo da el momento. Pero en cuanto deje de pensar en ello, en cuanto mire al cielo y á la tierra, y los vea como ahora, claros, alegres, convidando á vivir...

CAR. ¿Poeta ahora?

PERE ¿Quién no se siente algo en mi lugar? Son tantos los recuerdos que tienen para mí estos alrededores de Salmedina, este mismo jardín de Villa-Aurora.

CAR. (Sentándose en el banco y deshojando distraída unas flores que ha cogido.) Los recuerdas ahora que los ves; pero seguramente los tenías olvidados.

PEPE Puedo asegurarte que no.

CAR. ¿Te acuerdas de nuestros juegos casi infantiles, de aquella alegría nuestra, de aquel corretear sin tino, burlándonos del viejo Esteban, que nos seguía jadeante y sin fuerzas?

PEPE (Apoyado sobre el respaldo del banco, mirándole amoroso.) ¿Y te acuerdas, Carmela, del día en que me caí en el arroyo, engañado por la hierba seca que lo cubría? ¡Cuánto te reiste de mí!

CAR. ¡De ti y del pobre viejo, que creyó habías tragado mucha agua y quería colgarte de los pies á un árbol para que la vaciaras!

PEPE ¡Y cuando te pinchaste el dedo en la zarzamora?... ¡Cómo llorabas llamándome:—¡Pepe!... ¡Pepito!... ¡Ven!... ¡Mira... mira lo que me he hecho!...—Y me enseñabas la mano ensangrentada.

CAR. ¿Y tú que hiciste? No me acuerdo.

PEPE Fuí tan imbécil que llamé á Esteban.

CAR. ¿Y aquellos cuentos que Mari, la niñera vieja nos contaba cuando el invierno nos tenía encerrados?

PEPE Siempre había en ellos alguna princesa rubia. ¡Cuántas veces soñé con ella!

CAR. Y un esforzado galán que la desencantaba. ¡También soñaba yo con él!

PEPE ¿Y sigues soñando, Carmela?

CAR. Sí; pero ya es otro el galán. ¿Y tú, sueñas con la princesa?

PEPE Sí; pero es de otra estirpe.

CAR. ¿Ha descendido?

PEPE En linaje, sí; en hermosura, no. ¿Y tu galán?

CAR. Mi galán ha sido siempre el mismo.

PEPE (Acercando su cara á la de ella con anhelante curiosidad.) ¿Su nombre?

CAR. (Incorporándose.) ¡Curioso!

AMILLA (Por la izquierda, muy arbolaria y hambrienta por saber lo ocurrido.) ¡Hija de mi arma!... ¡Carmelita de mi corazón!... ¿Es verdá que la zeñita Aurora ha plantao en mitá e la caye á ezos zinvergonzones de Fló y Juaniyo?

CAR. (Contrariada por lá entrada de Anilla.) Sí, mujer, sí; pero no hables así de ellos.

ANILLA ¡Me alegro, me alegro y me retealegro que los haigan cogío!.. ¡Zi era una vergüenza!... Enterá estaba yo de toos zus trapicheos. Pero como á mí no me gusta hablá, porque ar fin tengo una hija y nadie está libre de que le pase una desgracia... Por más que por eze lao estoy tranquila. Una vez na más, ziendo azín de chica, la cogí de baboseo con un chiquiyo, y le dí una bofetá, que toavía no ze le ha quitao er briyo e la cara.

CAR. Bueno, Anilla, cállate; que te mueres por hablar y armar escándalos.

ANILLA ¿Yo?... Y me pazo los días zin despegar los labios!... ¡Zi de lejos no contesto á un zaluo por no gritar!... ¡Si no como picos e roscas por no armar ruío!

CAR. Pues no hay más que hablar de ello.

ANILLA (Con acento misterioso.) ¡Pero zi creo que fué una vergüenza cómo los cogieron!...

CAR. No, mujer... hablando nada más. Pero ya conoces el carácter de mi tía.

ANILLA (Irónica.) ¡Hablando!..! ¡Zi andaba eza niña mú zacá de quicio!... ¡Zi me acuerdo der día der Zanto Ange que estaban en el granero!...

CAR. Bueno, Anilla; no saques ahora trapos viejos á relucir!

ANILLA ¡Pues y er día de la Purízima, que me tuve que zalí del comedó por no verlos .. Que me agradezca que á mí no me gusta hablá ni decí na de lo que veo, que zi no, eza no hubiea estao en esta caza ni tres días.

CAR. Anilla, no vengas á ponerme triste ahora que empezaba yo á estar alegre.

ANILLA (*Variando á un tono cariñoso.*) ¡Azí es como yo quería verte! .. ¡Zi estaba yo zin zombra porque te veía triste!...

PEPE (*Impaciente porque se vaya.*) ¡Mira, que se va á quemar lo que tengas á la lumbre!

ANILLA Zi estuviera usté ar lao der fogón, puede... Brazas e candela está usté echando por los ojos...

CAR. Anilla, ¿nos quieres dejar en paz?

ANILLA Ahora mismo... ¡Y más contenta me voy de ve eza alegría pintá en tu cara, que zi viera rezucitá mi marío!... (*A Pepe.*) ¡Dios le corme e dones zi ha zío usté er que ha zabío despertá eza alegría!... (*Haciendo mutis primera izquierda, muy alegre y con mucho zarandeo de cuerpo.*) ¡Qué contenta ze va á poné la zeñita Aurora en cuanto ze lo diga!...

CAR. (*Satisfecha al verla salir.*) ¡Jesús, qué pesada es esa Anilla!

PEPE Con su necia charla vino á interrumpir nuestra conversación.

CAR. (*Que pasea distraída, hacia la derecha, deteniéndose al pie de la verja, después de una pequeña pausa.*) ¿De qué hablábamos?

PEPE (*Que se ha quedado pensativo, apoyado sobre el banco.*) Ni me acuerdo.

CAR. Ni yo. (*Vuelve á pasear por el fondo del jardín. Pepe la sigue con la mirada.*) ¿Piensas estar muchos días en Villa-Aurora?

PEPE No lo sé. ¿Por qué?

CAR. Por nada. (*Se acerca á la verja dando la espalda á Pepe, entretenida cogiendo unas flores.*)

PEPE (*Acercándose á ella cautelosamente y diciéndole casi al oído en un arranque de pasión.*) ¡Carmela!

CAR. (*Sorprendida y riendo al verle.*) ¡Jesús, hijo!... ¡Me has asustado!

PEPE ¿Quieres saber el tiempo que he de estar en Villa-Aurora y á lo que he venido?

CAR. (*Dirigiéndose al banco, donde se sienta.*) Lo sé. A participarle á tía Aurora tu próximo casamiento.

PEPE (*Acercándose hacia el banco muy pausadamente, como temeroso.*) ¿Y sabes con quién me quiero casar?

CAR (Afectando indiferencia.) Alfonso me ha dicho que es guapa; pero nada más.

PEPE Pues Alfonso te ha engañado.

CAR ¿Es fea?

PEPE No; te ha engañado, porque lo que yo busco aquí, no es eso; es un refugio para una existencia plácida, tranquila; llena de esa alegría y de esa juventud que pintaba Alfonso el día de nuestra llegada.

CAR. ¿Y vienes á Villa Aurora, donde sólo encuentras la monotonía del campo, la alegría de la soledad y la juventud de Aurora y Alfonso, no es eso?

PEPE No, Carmela; vengo á Villa-Aurora donde hay todo eso, luz, alegría, juventud; pero no en nada de lo que has dicho, sino en ti, Carmela, ¡en tí!...

CAR. (Anhelante.) ¿De veras?

PEPE (Sentándose á su lado y cada vez con más creciente pasión.) ¡Sí, Carmela; en ti...! No te rías; no te burles... ¡en ti, en quien he pensado mucho desde que nos separamos!

CAR. (Impresionada por sus palabras.) ¿Pero hablas en serio?

PEPE Como nunca he hablado. Y yo no sé si este afán mío, este no pensar sino en tí, este algo raro que ahora siento y nunca he sentido, es monomanía, nervios, obsesión, ó lo que nunca me he atrevido á decirte y que te digo ahora que estás seria, que no te burlas de mí... ¡cariño!

CAR. (Abandonándose á Pepe, leyendo en sus ojos su pasión.) ¡Pepe!...

PEPE ¡Sí... Carmela: y esa mujer de que te hablaba Alfonso eras tú; tú que tienes mi cariño; pero no el que por ti sentía cuando Mari nos contaba los cuentos de la princesa rubia al amor de la lumbre, sino un cariño impetuoso, ardiente...!

CAR. (Temblando de júbilo, próxima á llorar, abandonándose amorosa á Pepe que la estrecha una mano.) ¡Pepe!...

PEPE Un cariño que fatalmente me lleva á ti y que no se saciará hasta oir tu vocesita ar-

gentina velada por la emoción, diciéndome. —¡Pepe... yo también te quiero!... (Rodeándola la espalda con el brazo y musitando cerca de sus labios.) ¡Carmela!... ¿No contestas?... (Al ver que solloza.) ¿Lloras?... ¡Ah!... ¡Benditas lágrimas que lo dicen todo sin decir nada!

CAR (Desfallecida de amor.) ¡Sí!... ¡Pepe!... ¡Te quiero!

PEPE (Atrayéndola hacia él) ¡Bendita seas!...

AUR. (Qué acaba de aparecer por la izquierda, deteniéndose llena de espanto al ver que la abraza. Anilla que la acompaña, queda suspensa, asomando la cara por entre el follaje, con la natural estupefacción.) ¡Carmela! ¿Qué es eso?..

CAR. (Corriendo á su tía, llena de alegría, con los brazos abiertos.) ¡Tía Aurora!

AUR. (Conteniéndola con el gesto y la mirada.) ¿Qué has hecho?

PEPE (Altivo, en tono de reproche.) ¡Pero tía!...

AUR. (Con altiva dureza y amargura.) ¿Pero es que os habéis propuesto volverme loca?... ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Si lo he visto y no lo creo! ¿También vosotros?

CAR. (Sorprendida en su inocencia por la actitud de su tía.) ¡Tía Aurora! .!

AUR. (Rechazándola.) ¡Déjame!

PEPE Pero, ¿á qué te pones así?

AUR. ¡Calla!... ¿No os da vergüenza?

ANILLA (Sin poderse contener, saliendo á la defensa.) ¡No les riña usté, zeñita Aurora!... ¡Zi están en zu caza!... ¡Zi zon primos!... ¡Zi ze quieren!... ¡Zi es la edá!... ¡Zi tóos hemos tenío los quince!

PEPE ¿Tú también?

AUR. ¡Calla tú, y ya estás largándote! (A Anilla.)

ANILLA ¡Zeñita, que no es pa tanto!

AUR. ¡Ya te he dicho que te calles!...

ANILLA Bueno...

AUR. Y tú, Pepe; es imposible que permanezcas en mi casa. Ya veremos el modo de arreglar esto.

PEPE De eso me encargo yo. Ahora mismo saldré de aquí.

CAR. No, Pepe.

AUR. Sí; es lo mejor.

CAR. ¡No: la que se va soy yo! No quiero que por mi causa...

ANILLA ¡Ezo zi que no lo conziento yo!

AUR. ¡Qué te calles, Anilla!

ANILLA ¡Mardita zea mi lengua arrastrá!... ¿Pa qué le diría yo á usté que estaban aquí tan amartelaos?... ¡Yo tengo la curpa!... (Acercándose á Pepe y parándose en firme y de perfil junto á él.) ¡Deme usté una patá fuerte donde quiera, que me la tengo merecía!

PEPE (Separándose de su lado.) ¡Yo que te voy á dar! (Anilla vuelve gimoteando á su sitio, que es el de primer término izquierda.)

AUR. ¡Ea; basta de escándalos! A tu obligación...

ANILLA Bueno...

PEPE Y yo á cumplir mi deber. Ana, avisa á Leoncio.

ANILLA ¡Que vi á avizá, zi Leoncio está en la bodega hecho un mosquito!... ¡Deje usté á Leoncio que no está pa na!... ¡Tóo tendrá arreglo!... ¡Ay, qué lengua la mía!... ¡Picá la vea yo pa zarchicha!... (Al salir tropieza con Alfonso que entra.)

ALF. (Separándose de ella de un salto.) ¡Lagarto.... ¡lagarto!

ANILLA ¡Ande usté, á ver si arregla ezo! (Mutis)

ALF. (Después de ver el cuadro.) ¿Pero qué ocurre?

PEPE No llores, Carmela. Para ella no tenemos justificación posible: para los demás, ya será otra cosa Todo el mundo sabrá esto y se reirá de su moral ridícula.

ALF. ¿Pero qué ha sucedido?

PEPE Lo que tenía que suceder.

AUR. ¡No sé por qué tenía que suceder! Ya sabes lo mucho que te quiero, pero también has debido saber que en mi casa no consiento inmoralidades y te has gozado en darme este disgusto.

ALF (Mirando á Pepe, y haciéndole, á ocultis de los demás, la acción de un abrazo.) ¡Ah!... ¡vamos!...

CAR. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡No puedo más!

AUR. Quizás no tengas tú la culpa; quizás sean las teorías de éste que te han trastornado como á la pobre Carmela.

ALF. ¡Oye, oye, oye!...

AUR. No quiero discutir.

PEPE — Ya sé que no te convencería. Alfonso, procura tú ver si puedes. Al menos, que no diga nada á la pobre Carmela.

AUR. — No tiene nadie por qué convencerme. Estoy más que convencida. Más valía que tú hubieras respetado que estabas en mi casa.

PEPE — Ya me has dicho bastante. Hasta luego.. (Al hacer mutis por la segunda izquierda, deteniéndolo Alfonso.)

ALF. — (Aparte á Pepe.) No te apures; ven dentro de cinco minutos que me parece que á esta la abrazo yo.

AUR. — (Preocupada, hablando sola sin darse cuenta.) ¡Jamás lo hubiera creído!... ¡Aquí, en mi casa!... ¡No tienen perdón de Dios!

ALF. — (¡Anda morena!... ¡Y habla sola!)

AUR. — ¿Y esa Carmela? ¡Si es para volverse loca!

ALF. — (Acercándese á ella con amabilidad.) ¿Pero, á qué te pones así, mujer?

AUR. — Si te parece me pondré á bailar.

ALF. — Si no á bailar precisamente hay motivos para que estés contenta.

AUR. — ¡Ahí es nada... abrazarse!

ALF. — ¡Ahí es nada... quererse!

AUR. — Si pretendes que justifique su conducta, te equivocas.

ALF. — Lo que pretendo es justificarlos yo. y que me oigas tú.

AUR. — No sé si tendré paciencia.

ALF. — La tendrás. ¡No ves que sé cuanto los quieres!

AUR. — Precisamente porque los quiero debo separarlos. Algún día me lo agradecerán.

ALF. — ¡Cómo se conoce que no has amado nunca!

AUR. — ¿Tú lo sabes?

ALF. — Así, así. Y óyeme, Aurora; dentro de poco se habrá marchado Pepe.

AUR. — Volverá.

ALF. — Quién sabe... Y si vuelve, es muy fácil que se repita la escena de hoy.

AUR. — Una y no más: yo te lo aseguro.

ALF. — Se repetirá; no lo dudes.

AUR. — Si la quisiera, sabría respetarla.

ALF. — Porque la quiere, la volverá á abrazar.

AUR. Si vuelven á hablarse, será delante de mí.

ALF. Ya te distraerás como se distrajo tu madre contigo.

AUR. (Severa, sentándose en el banco.) ¡Alfonso!

ALF. Perdona; se me fué la lengua. (Mirándola desde la derecha, con el rabillo del ojo.) Y el caso es que volvería á abrazarla. Pero si de joven me dió un bofetón, hoy que pasa de los cuarenta me llevo cuatro, si no mienten las matemáticas.

AUR. Veo que piensas. Acabarás por convencerte que tengo razón.

ALF. No: precisamente pensaba en cosa bien distinta, aunque se relaciona mucho con ello.

AUR. ¿Puede saberse en qué?

ALF. Quizás lo sepas algún día.

AUR. ¿Cuándo?

ALF. Cuando despiertes.

AUR. Aun no he cerrado los ojos.

ALF. Pues ciérralos, Aurora, y piensa en la vida; pero no en esa vida que tú ves, sino en otra, en la verdadera vida que te empeñas en matar en ti. Y cuando pienses en ella, piensa en la juventud de tus sobrinos, en su amor que nace, en su ventura que llega; y cuando despiertes de ese sueño, pregúntame, que yo te diré en lo que pienso y quizá te alegres de saberlo.

AUR. Supónte que ya he despertado.

ALF. Pues sí has despertado y has visto en sueño todo lo que no ves ahora, vida, juventud, alegría, piensa en nuestra situación falsa, ridícula; en nuestras vidas agotadas, sin cariño, sin hijos que nos alegren, sin vida, porque esto no es vivir.

AUR. (Algo impresionada por las palabras de Alfonso.) ¡Calla, Alfonso!

ALF. (Sentándose junto á ella.) Y todo por culpa de tu moral, que ni entiendo ni entenderé nunca.

AUR. ¡Alfonso!... no digas eso... ¡Exageras!

ALF. (Ahora verás lo bueno.) Mírate cómo estás; en manos mercenarias: mírame á mí, sólo, triste; aunque aparento una alegría que no llevo dentro.

AUR. (Cada vez más vencida é impresionada por las palabras de Alfonso.) ¡Alfonso... te excitas!

ALF. ¿Cómo no, si te estoy hablando cuando ya no tiene remedio?

AUR. Ni es preciso que lo tenga.

ALF. (Aquí capitulas, casta diosa.) Pero no olvides que hay un hombre capaz de comprenderte todavía con el amor de aquellos primeros años...

AUR. (En lucha con sus ideas.) ¡Alfonso! ¿qué dices?

ALF. (Cada vez con más marcado acento romántico.) Con el cariño impetuoso, juvenil, ardiente de aquella dichosa edad en que tan felices éramos, charlando alegres, entre risas y juramentos...

AUR. (Con súplica amorosa.) ¡Alfonso!

ALF. (Apoderándose socarronamente de una de sus manos que ella le abandona sin darse cuenta.) ¡Cogidos así!... ¡de las manos!...

AUR. (Sin fuerzas para rechazarlo.) ¡Por Dios!...

ALF. ¡Sí, Aurora!... Y ese hombre que enamoraste soy yo; rendido, loco...

AUR. ¡Calla!

ALF. Pidiéndote un tardío perdón por aquella locura y deseando oirte decir que me perdonas; pero no con tu perdón frío, sino como entonces nos jurábamos amor... Así. . unidos. (Rodeándole el cuerpo con el brazo.) ¡Aurora de mi alma!. .

AUR. (Vencida.) ¡Alfonso!... ¡Sí; te perdono!

ALF. ¿Me guardas rencor?

AUR. ¡No!... ¡déjame soñar!

PEPE (Que aparece seguido de Carmela, primer término izquierda, deteniéndose el entrar sorprendido al verlos, llamando á Carmela para que los vea, extendiendo el brazo hacia ellos.) ¡Mira!

CAR. (Con el natural asombro.) ¡Tía Aurora!

PEPE ¡Alfonso!... ¿Qué es eso?

AUR. (Incorporándose, aterrada, como despertando de un sueño, persignándose y mirando al suelo avergonzada.) ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Qué locura!

ALF. (A su lado, animándola con acento jovial.) No, Aurora: convéncete de una vez y dime si has pensado lo que has hecho. Y eso que á nosotros no nos escudan los veinte abriles.

AUR. ¡El demonio que ha venido á tentarme! (Anilla aparece por la izquierda, donde queda escuchando con su natural curiosidad.)

ALF. El demonio tentador de mujeres, que es el amor, que al fin despertó en tu alma.

ANILLA (A Pepe.) ¿Pero qué están diciendo?

PEPE Que los sorprendimos como ella á nosotros: abrazándose.

ANILLA (Santiguándose con gesto de asombro.) ¡Er Zeñó nos libre de una mala tentación!

CAR. (Cariñosa.) ¿Y ahora nos perdonas, tía?

AUR. (Abrazándola.) ¡Sí, hija mía! ¡Ven á mis brazos!... Yo también necesito perdón.

ALF. Todos lo necesitamos. Ya ha visto prácticamente vuestra inocencia. Ya está convencida de que es imposible el amor sin ese lazo, que es el medio, lo eterno, lo que no muere ni morirá nunca.

ANILLA ¡La zarza, zeñó, en la que toos nos enreamos! ¡Si toos hemos tenío quince abriles!

AUR. Sí, Carmela; y tú, Pepe, quédate, pero bajo mi vigilancia.

ALF. Muy bien.

PEPE (A Alfonso.) ¡Y tú bajo la mía!

ALF. No: yo reclamo mi libertad.

FLOR (Que aparece por el tercer término izquierda con un lío de ropa en la mano, deteniéndose en el centro de la escena, gimoteando al despedirse de los señores.) ¡Quearse con Dios, señoritas!... ¡Y ustés perdonen toas mis cosas!... ¡Y por Dios que no se entere mi padre de na!...

ALF. ¿Pero, muchacha, que es eso de llorar?

CAR. Mi tía es tan buena que te perdona.

FLOR (Alegrándosele el alma.) ¿De veras, señorita?

AUR. Por esta vez nada más.

FLOR ¡Dios se lo premie á usté, señorita! Le debo á usté la vida, porque si mi padre se entera, me mata.

AUR. Pues ya lo sabes: conque mucho cuidado. (En este momento aparece Juanillo, también por el tercer término, con el lío de su ropa y la chaqueta al hombro. Su tardo andar y su aspecto abatido, revelan las pocas ganas que tiene de dejar la casa.)

FLOR Descuide usté, señorita. ¡Cualquier día se me pone á mí ni una mosca ensima!

JUA. (Avanzando unos pasos hacia doña Aurora, muy compungido.) ¿Manda argo la zeñorita pa er cortijo?

AUR. Nada: puedes quedarte. Pero cuidadito que yo te vuelva á ver.

JUA. (Radiante de gozo.) Descuide usté, zeñorita. ¡Ya yo le cogeré las vuertas!

AUR. ¿Qué dices, Juanillo? (Los demás ríen.)

JUA. (Acorralado.) ¡Ze me fué!

ALF. ¿Lo ves?... lo eterno... lo que no muere...

AUR. Ea: cada cual á sus quehaceres. Y nosotros á dar un paseo por el campo. Hoy tengo ganas de vivir. Estoy contagiada con tus teorías, Alfonso.

ALF. (Ofreciéndole el brazo.) ¡A vivir, Aurora!... ¡Qué tiempo hemos perdido!

PEPE (Lo mismo á Carmela, siguiendo á Aurora y á Alfonso que avanzan hacia la cancela. ¡A vivir, Carmela! (Juanillo los sigue á corta distancia.)

ALF. (Al hacer mutis, mirando al cielo y con acento de invocación.) ¡Vida!... ¡Me debes un devoto más!

ANILLA (Que está en primer término izquierda, al verlos salir se dirige á la derecha pasando por delante del banco al que mira con recelo. Una vez que ha pasado se detiene y dice, señalando con la mano:) ¡Cuarquier día me ziento yo en eze banquito!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE SEBASTIAN ALONSO

La víspera, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

La Macarena, sainete lírico en un acto, dividido en cuatro cuadros. (Tercera edición.)

La virgen del Rocío, sainete lírico en un acto y tres cuadros.

El chalán, entremés en prosa. (Segunda edición.)

El contrabando, sainete en un acto. (Octava edición.)

El contrabando, sainete lírico. (Octava edición.)

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

El maestro Lamparilla, pasillo con música. (Segunda edición.)

Alma gitana, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros.

Chicharra, zarzuela en un acto dividido en dos cuadros, en prosa, con un intermedio musical. (Segunda edición reformada.)

Agustina de Aragón, episodio en un acto y cuatro cuadros.

La prueba, comedia en un acto.

Lo que no muere, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El rincón de la alegría, boceto de sainete en un acto.

Precio: 1,50 pesetas